

EL ESPÍRITU INMORTAL,

por Carmen Rocío Cano González, de 3º C

Hola, me presento. Mi nombre es John, tengo 23 años y... no sé cómo decirlo... estoy maldito. Sí, sé que sonará a película de miedo, pero es así. Me siento estúpido escribiendo mi historia, pero mi psicóloga dice que contarle me sentará bien. No lo creo, pero ahí va:

Llevo un par de años con esta maldición, y cada vez se me hace más insoportable. Si alguien lee esto, pensará, "pues suicídase", pero no es tan fácil. Si me suicido iré al infierno de cabeza por lo de aquella noche, y no me gustaría encontrármela allí. Nunca creí en espíritus, ni en presencias, ni en nada de eso. Pensaba que cuando morimos, nos devoran los gusanos, y se acabó. Pero ahora todo es distinto.

Cuando me levanté la mañana del dos de octubre, tenía un mensaje de la que por aquel entonces era mi novia Marta. Decía que teníamos que hablar. Yo me imaginaba ya el tema de conversación: nuestra última pelea. Quedamos en una hora en el banco de la plaza y allí fui. Me contó cómo habíamos perdido la magia poco a poco, me dijo que me quería, pero que no podía más, y que todas esas peleas habían hecho mella en su corazón, que necesitaba tiempo, conocer gente... Confirmado, me estaba dejando. Yo la quería, pero la comprendía. Ya no era el mismo. Y bueno, había que seguir adelante.

Aunque la ruptura con Marta me destrozó. No salía, no comía, no vivía desde entonces. El mundo se me echó encima, no sabía vivir sin ella. Mis amigos venían por las tardes, me consolaban y me invitaban a salir, pero yo no quería. No quería ver a mi ex en los sitios que frecuentábamos juntos, sólo quería dormir y ver la tele. Me convencieron, tras mucho trabajo, para ir a una fiesta temática de Halloween en la discoteca. Me vistieron de Drácula y allá que fuimos.

La discoteca estaba llena de gente, no se veía un paso más allá. Nos dirigimos a empujones a la barra, repleta, y pedimos la bebida. Primero una, después otra, otra más tarde... Me sentía mal, me dolía la cabeza, me

quería ir de allí. Me fui al baño, me miré al espejo y me dije, “Qué estás haciendo aquí, te estás muriendo del asco y del aburrimiento entre hombres lobo y brujas borrachas” así que decidí irme a casa. Pero, cuando iba a irme, iba tan rápido que arrollé a una chica. La pobre estaba sola, desorientada y cayó al suelo. La ayudé a levantarse y la llevé conmigo fuera.

Su nombre era Violeta, tenía 21 años, su pelo era negro como el carbón y su tez, blanca como la cal. Era una chica atractiva, pero lo que más me gustaba de ella eran sus ojos. Tenía unos ojos grandes y verdísimos y una mirada hipnotizadora. Le dije que si quería que la acompañase a casa, pero me contestó que le apetecía dar un paseo ya que hacía muy buena noche. Me dijo que si la acompañaba y accedí. Estuvimos hasta tarde conversando, bromeando, hablando de nuestros gustos, nuestros problemas... Nos dimos los teléfonos y nos despedimos. Al día siguiente pensé que algo como Violeta no me vendría nada mal. Quedamos por la tarde y fuimos al parque de atracciones. Nos reímos muchísimo, montamos en todas las atracciones, tomamos café pero, al llegar a casa, pensando en ella, se me vinieron a la cabeza unas cosas rarísimas que habían pasado esa tarde con Violeta.

Por ejemplo, no quería echarse fotos. En la noria le saqué una foto a escondidas para hacerle una broma pero, cuando fui a verla, su sitio aparecía vacío. Supongo que sería un error de la cámara. Más tarde, en la Casa del Terror, se hirió la muñeca con mi reloj. La sangre que le salió era rarísima. Estaba cuajada, espesa, como la de los cadáveres. Pero bueno, pensé que tendría alguna enfermedad en la sangre. Lo dejé pasar. Seguí quedando con ella, me gustaba, llegó el día en que nos besamos, empezamos a salir, éramos felices... Pero la felicidad duró poco.

Un sábado fuimos a una fiesta en un pub. El pub estaba abarrotado. Violeta me dijo que le esperara en la puerta del baño mientras iba a la barra por las bebidas. Esperándola, la vi. Era Marta, tan guapa como siempre, con un vestido blanco ceñido y su pelo rubio cayéndole por los hombros. Cuando me vio, me saludó y me pidió si podíamos hablar. Le dije que sí y me guio a la puerta del pub.

- He estado pensando y quiero que volvamos. Te echo tanto de menos...
- Te he querido a rabiar, Marta. Pero ahora he conocido a una chica que me hace feliz.
- No pasa nada, te entiendo. Pero lo único importante es tu felicidad, no te preocupes. Lo olvidaré.
- Lo siento. Me ha gustado mucho verte de nuevo, Marta. Podemos ser amigos.
- Bueno ya me voy. Aunque antes...

Y me besó. Sentí muchas cosas en ese beso, pero cuando me separé de sus labios, vi que, a un par de metros, estaba Violeta, mirándome con el rostro enrojecido y una mirada impactante. Marta se fue, pero Violeta se acercó a mí y me dijo:

- ¿Por qué? ¿Por qué me has hecho esto? Y yo que pensaba que podíamos ser felices...
- Violeta, no es lo que parece. Marta me pidió volver y yo...
- Y tú aceptaste, ¿verdad?
- No, yo le dije que estaba contigo. Pero cuando se iba a ir, me besó.
- Ya, y tú le seguiste el juego. Te odio. Ya me dijeron que no saliera con uno de vosotros, que no sois buenos, que pensáis que los malos somos nosotros los espíritus, que nuestra vida pasó y ya sólo estamos en la Tierra para molestar. Pues no, estamos aquí para mucho más, para ser felices el tiempo que deciden si nos vamos al cielo o al infierno. Pero ya es hora de que nos despedamos, no sin antes advertirte de que no me volverás a ver, pero estaré cerca de ti para el resto de tus días. Esto no es un juego, John. Me has hecho daño y lo vas a pagar.

Mientras decía esto, yo alucinaba. Los ojos le cambiaron de color, se le pusieron rojos como la sangre. Yo no podía asimilar lo que estaba diciendo. No, no puede ser. Los espíritus no existen. Violeta no...

- Pero Violeta, ¿qué dices? ¿te estás volviendo loca? Los espíritus no existen.
- Yo que tú no estarías tan seguro...

Riéndose, desapareció. No la volví a ver más, como dijo, pero la sentía. Venía de vez en cuando y, cuando venía hacía mucho frío y se me ponían los pelos de punta. Me decía cosas, cosas que ni el más sabio de los hombres podría escuchar. Cosas que hacían perder la razón. Me hablaba en muchos idiomas, algunos de ellos jamás escuchados. Me decía cosas de la muerte, me amenazaba, me insultaba...

Un día me dijo que me dejaría en paz si le conseguía trescientos mil euros. Trabajé duro, hice horas extras, pedí dinero al banco, incluso robé, pero los conseguí. Se los puse donde me dijo, en una caja de cartón en el patio, y me fui a descansar un rato. Cuando me levanté, fui al patio y sólo encontré un puñado de cenizas al lado de un mechero. Había quemado el dinero.

Siguió hablándome, en todas partes. Al mes o así, me pidió que me mudara, que si me mudaba me dejaría en paz. Y así lo hice. Sin embargo, a las dos semanas, volvió. Y ya no sólo hablaba. Me cambiaba las cosas de sitio, me rajaba la ropa, me manchaba las paredes de sangre, incluso me levantaba con moretones y arañazos. Su última petición fue la definitiva. Me ordenó asesinar a Marta y regalarle sus rubios cabellos. Yo renuncié, pero los tormentos eran cada vez más fuertes.

Hasta que llegó la noticia de que mi madre había sido asesinada en extrañas circunstancias. Roto de dolor, decidí acabar con esto. Me dirigí a casa de Marta, que me invitó a pasar y tomar algo. Empezamos a hablar y le dije que ojalá no hubiéramos cortado nunca y que nunca había dejado de quererla. Aprovechando su silencio, le propiné una puñalada en el abdomen que terminó con su vida. Le corté el cabello y me encaminé a casa. Se lo ofrecí a Violeta. El resultado: silencio. Por fin había terminado con esa tortura. Me dormí con una sensación extraña, de entre felicidad y culpa.

Al día siguiente dos policías vinieron a por mí y me llevaron esposado al cuartel. Al lado del cadáver de Marta habían encontrado una nota en la que ponía el nombre del asesino y la dirección. Me llevaron al juez y le conté con pelos y señales lo que había ocurrido. Ahora estoy cumpliendo los 36 años de cárcel que me cayeron en el hospital psiquiátrico. Me

obligan a ir con una camisa de fuerza y me tienen encerrado en una habitación con las paredes acolchadas para evitar que me autolesione. Todos los martes viene a visitarme Alba, una psicóloga que habla conmigo un rato y me receta unas pastillas para que, según dice ella, Violeta salga de mi mente. Pero todavía hay noches que me entra un frío intenso, se me ponen los pelos de punta y oigo risas. Violeta todavía está aquí, conmigo, leyendo esto.